



Moral, Enrique (coord.). *Tomás Meabe. Fundador de las Juventudes Socialistas. (En el centenario de su fallecimiento, 1915-2015)*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 2015, 180 pp.

Tomás Meabe (Bilbao, 1879-Madrid, 1915), socialista vasco y fundador de las Juventudes Socialistas. Así es como se reconoce hoy alguien que llega al socialismo desde el nacionalismo de Sabino Arana –y se verá enfrentado seriamente con él desde 1900–, por causa de una firme convicción internacionalista y anticapitalista, un ideario que adquirió leyendo a los teóricos y divulgadores del socialismo, y que, llegado a un punto, estimó incompatible con la idea aislacionista y de segregación propia de aquel nacionalismo. Meabe es realmente un personaje difícil de encuadrar. Por su sentido estético –escritor y pintor, amante del mar también–, habría quien lo comparara con William Blake. Como un ser especialísimo, “errabundo e inconventional, incompatible con todo encasillamiento” lo calificaría Araquistáin. Y byroniano, a su vez, lo creería Unamuno, mientras que solo como un hombre humilde –ni más ni menos– lo vio Zugazagoitia. Y en fin, inteligente y bueno, “limpio de vanidad y exento de ambiciones”, subrayaría su amigo Prieto que fue Tomás Meabe. Un socialista autodidacta y culto, escritor emotivo y modesto, sin otra fama mientras vivió que la que le otorgaron quienes fueron sus iguales en la política y en las letras. En su entorno, es cierto que Luis Araquistáin y, más todavía, Indalecio Prieto, iban a concederle un valor grande a su actuación y a su pensamiento, pero su figura creció solo más tarde, al convertirse en modelo a seguir por los jóvenes socialistas en circunstancias críticas. Fue marino mercante por un tiempo (un par de años solo), dejando de navegar para entregarse en alma y cuerpo a la polémica que sostendría con el aranismo desde el periódico bilbaíno *La Lucha de Clases*, el cual pronto pasó Meabe a dirigir, después de haber colaborado en sus páginas.

Tras de su muerte llegaría el olvido, dentro del PSOE también –salvo durante el periodo de la guerra, en que se sacralizó su figura–, para pasar después a ser objeto de un tratamiento historiográfico de interés, aunque quizá no tan intenso como se habría debido. Hace un par de años, en actuaciones que se recogen en este texto colectivo, se trataría de recuperar al menos algo de ese perfil biográfico complejo e inusual, pero muy atractivo, de alguien que fue ante todo posiblemente un lector incansable, tremendo y desordenado en el aprovechamiento de sus lecturas, un hombre sentimental y en gran medida místico, tan solidario de los débiles como pendiente del destino de mujeres y hombres de su tierra, y del mar.

Desde el que había sido su sentir y pensar cristiano original, y desde su pugna interior por hallar la verdad y la justicia, iba Meabe –en sus profundas crisis– a dejar de entender y tratar de explicarse el fundamento de una religión, en la que había crecido, que permitía el sufrimiento de los pobres hasta un punto para él insoportable. Así explicaría él mismo su adhesión al concepto y la práctica de la lucha de clases, cuando aun dentro del ámbito nacionalista, encargado por Sabino Arana de la lectura

de los textos marxistas para rebatirlos, sucumbiría al poder de su fuerza y arrastre: “Ya sabes que me he hecho socialista”, le escribía Meabe a Luis de Otero, en carta publicada en la prensa a mediados de febrero de 1902. Era una confesión a tumba abierta, que le haría romper con sus dos familias, la política y la personal: “no quiero llevar careta”. Llegado a un punto de contradicciones entre sus creencias primeras y las que había abrazado, antepuso estas otras con pasión. Se albergó en el refugio de aquella idea nueva –mucho más fuerte y útil a su entender que la idea de nación–, la abolición de la desigualdad y la lucha, hasta el fin, contra el capitalismo: “El capitalista no repara en razas; lo mismo tortura a un vasco que a un chino...”

Siempre figuraría en su prédica, incansable su voz a partir de ahí, el objetivo de fundar y dotar bibliotecas para dar formación a los trabajadores, la cultura que el Estado no quería cubrir. Sus escritos abundantes y encendidos en *La Lucha de Clases* (desde mediados de febrero de 1902), le llevaron a la cárcel, lo que no sería obstáculo para que en 1904 fundara las Juventudes Socialistas de Bilbao, pero siempre estaría obligado a huir si quería evitar –un riesgo permanente– aquellas penas de cárcel.

Contra Arana y su ideario excluyente (“¡Cuándo nos cansaremos de fabricar venganzas...!”), tanto como contra el ejército español y la Iglesia católica, pelearía Meabe desde ese punto y hora, antinacionalista feroz y portavoz de una sensibilidad humanista y social que, en cambio, él echaba en falta en el pensamiento y la acción aranistas. Y un sentido solidario de la existencia que tampoco veía Meabe prosperar entre las clases media y alta vascas –ahí de donde venía–, ni ya creía posible dentro del catolicismo en general. Abandonando ambos, Meabe definiría impaciente su ideal de socialismo como “una vida dignamente humana”, una existencia digna para todos, independientemente de la cuna y la estirpe, sin excusa ni espera, sin aplazamientos: “A los que dicen que hoy debía ser ayer, y a los que quieren que hoy sea mañana, responde simplemente el Socialismo: hoy es, y debe ser, hoy”. Alejado de su extensa familia, abocado al exilio y a la cárcel en procesos y condenas emprendidos –entre otros muchos casos– por el poder civil, Meabe enfermaría en la cárcel de tuberculosis, muriendo a los 36 años. Había anticipado ese desenlace imparable en alguno de sus escritos, una importante parte de los cuales él mismo hizo desaparecer. El resto, fragmentario e inconcluso, iba a ser publicado muchos años después (*Apuntes de un moribundo*, México, 1963).

En el conjunto de estudios que componen este libro, necesario no solo para los militantes socialistas –para ellos también–, se habla de todo esto. El volumen acompaña y sucede a una exposición habida sobre el fundador de Juventudes Socialistas en la Fundación Pablo Iglesias, y constituye un recopilatorio de interés informativo variado, con valiosos elementos a retener. Víctor Manuel Arbeloa repasa los debates primeros con Sabino Arana, mientras Jagoba Álvarez persigue y reconstruye la línea ideológica de combate contra el nacionalismo vasco conservador, una constante en sus ideas y escritos. José Alonso Puerta estudia la relación de amistad y militancia solidaria que uniría a Meabe con Indalecio Prieto, ligándolo después a quien fue su viuda, Julia Iruretagoyena, exiliada en México. Aurelio Martín Nájera se ocupa a su vez de narrar la fundación de las Juventudes. Desde una perspectiva de interés por la historia intelectual y el desarrollo biográfico destaca, sobre todo, el más denso trabajo de Luis Arias y Francisco de Luis, que tratan de la producción intelectual y escritos del personaje con detalle y exhaustividad. Y de gran interés es también la abundante inserción de fotografías e imágenes de algunos de aquellos escritos conservados del personaje, en un encarte central.

En estudios anteriores sobre Tomás Meabe, biografías o ensayos monográficos como los de Víctor M. Arbeloa, Juan M. Calles, Javier G. de Durana, Ángel M. Ortiz, M. de Santiago, Begoña Villa o J. Álvarez Ereño –en parte empleados abundantemente aquí–, pueden seguirse informaciones diversas sobre el flujo de su obra doctrinal y la vertiginosa actuación política de Meabe, que se desarrolló tan solo en una década, incluyendo las traducciones de textos de dirigentes socialistas, belgas principalmente, pero también de clásicos latinos y otras obras que hizo Meabe para la editorial Garnier ya exiliado en París; o los abundantes elementos de estética e historia intelectual que entretejió, como asimismo su pintura, expresión estética necesaria que acompañó en su vida, casi sin descanso, a la escritura.

Más allá todo esto, se hará cargo el lector en estas páginas de su enfrentamiento desgarrado con la xenofobia nacionalista bizkaitarra, tratando de evitar igualmente –con su particular entereza moral– el sucumbir ante el deslumbramiento intelectual elitista, “falta de la enérgica santidad” que el creía exigía el socialismo y del que carecían otros, así opinó de Ortega... “En mí está mi patria”, escribiría en 1905 quien se reconocía a sí mismo como un “intelectual proletario”, reacio a compartir nostalgias por el 98, solo atento al presente y su urgencia social. Por la misma razón antielitista se alejaría Meabe, finalmente, de su amigo Maeztu, que le había reprochado el no cuidar su prosa. En 1910 dejó por fin la Iglesia, por propia voluntad, mediante apostasía, y discutió con Unamuno, al que admiraba, por el asunto Ferrer Guardia y la petición de indulto. Solo en 1914, un año antes de morir, pudo Meabe regresar a España, pero entre tanto había realizado en Londres una importante tarea editorial.

La mayor parte de esa obra, desplegada en diversas direcciones, resulta para el historiador de una complejidad extraordinaria, por su carácter fragmentario y variado tanto como por su intensidad emocional. Inventor de fábulas y parábolas, agudo creador de neologismos, Tomás Meabe, “soñador de dimensión incommensurable” como lo caracterizan aquí L. Arias y F. De Luis evocando a Unamuno, insistió siempre en el valor del trabajo manual junto al intelectual, la mejor forma a su entender de experimentar el esfuerzo completo, en su totalidad. Desde muy temprano fue también consciente del valor que tiene la escritura como autoconstrucción, como elaboración del yo. Poco antes de morir, el 4 de noviembre de 1915, Meabe destruyó todo escrito a su alcance. Lamentaba –*Apuntes de un moribundo*–, no haber podido escribir unas *Confesiones* que hubieran sido, suponía, lo mejor de él, “aquello con que hubiese hecho más bien a los demás”...

Convertido en un “santo laico” en el seno de la familia socialista, serían enseguida los poetas (Juan Ramón Jiménez, Ramón de Basterra, Gabriel Aresti, Rafael Sánchez Mazas...) quienes seguramente, con su especial sensibilidad, valorarían antes el perfil literario y la figura humana, una figura en esencia *política*, de Tomás Meabe. Su memoria quedó reformulada dos décadas más tarde, en plena guerra civil, respaldando el despliegue de las Juventudes Socialistas. Solo ahí surgiría el prototipo orgulloso del militante juvenil, vigoroso y dinámico que encarnaría Meabe. Porque, como habría de decir de él Indalecio Prieto, “ningún socialista, ninguno, podía ofrecer historia de sacrificios paralela a la de Meabe”.

Elena Hernández Sandoica
Universidad Complutense
elenahs@ucm.es